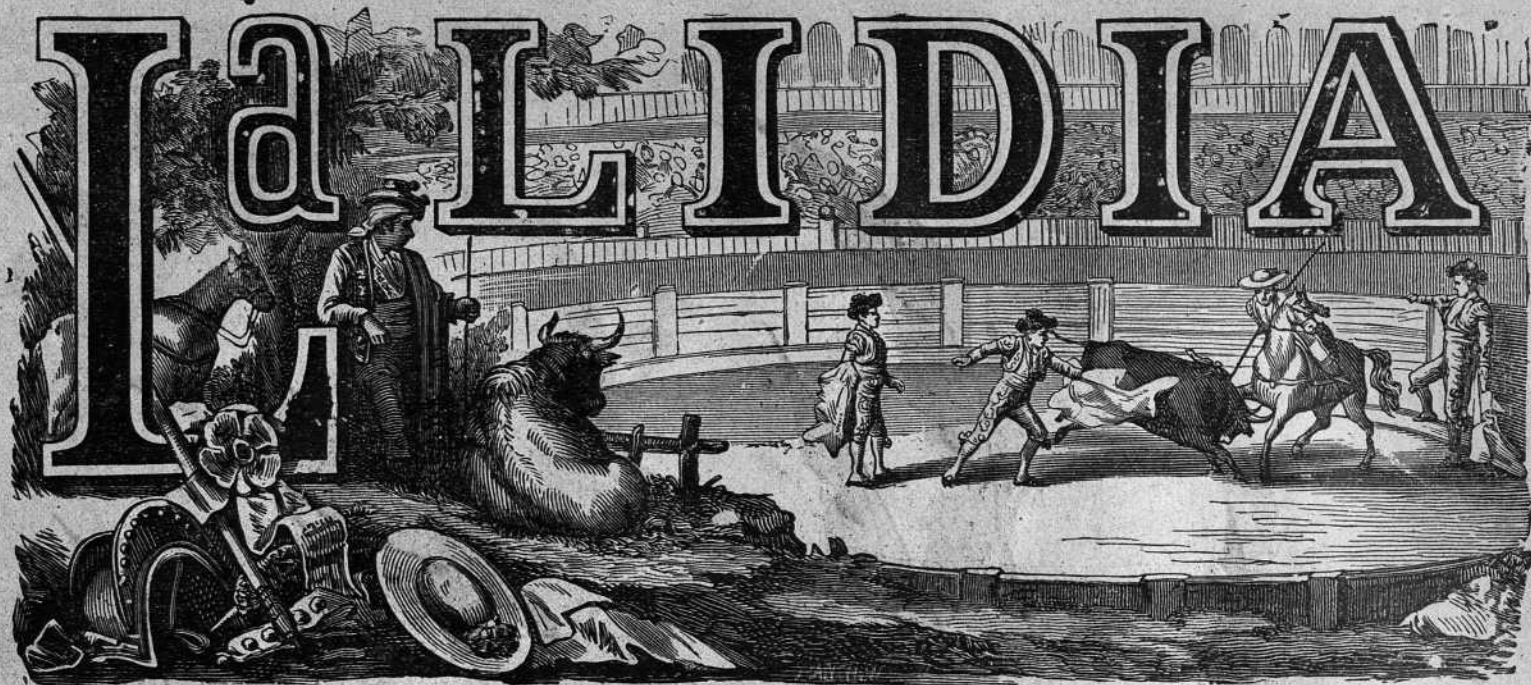


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN
 Madrid: trimestre... Pesetas 2,50
 Provincias: trimestre... » 3

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA
 25 números ordinarios... Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios... » 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO

Advertencia.—Hace bien... por J. Sánchez de Neira... Nuestro dibujo, por M. del Todo y Herrero.—Julio Bonilla, por Federico Minguéz.—En la Plaza, por Plöez.—La primera temporada taurina de 1889, por L. Vázquez.—Alcance.

ADVERTENCIA

La abundancia de original que espera turno para su publicación en nuestra Revista, nos obliga a cerrar este número sin la reseña de la corrida que se está verificando. Si, como no esperamos, hubiese en ella cosa que lo mereciera, tomaríamos nota en el próximo.

Hace bien...

NADA es durable en el mundo, y harta dicha tiene quien vive veinte años en la plenitud de sus fuerzas físicas sin verlas decaer en ocasión alguna. Eso ha sucedido al afamado y justamente celebre matador de toros Salvador Sánchez, Frascuelo, cuyo decaimiento, por causas que lamentamos aunque las ignoremos, se ha visto patente en esta temporada. Por espacio de una treintena de años ha conservado sin decadencia una fuerte y robusta constitución, digna de ser envidiada. Especialmente desde la edad de 20 años hasta la de 45, á nadie ha cedido en valor, en fuerza muscular y en voluntad inquebrantable; y si ahora fuera ocasión de hacer su panegrico, de lo cual no tratamos, reservándonos verificarlo en momento oportuno (porque los méritos de hombre tan excepcional bien lo reclaman), diríamos que Salvador nació para ser torero, llevando en su sangre el germen de la inteligencia y arte necesarios para que «matando toros» nadie se le pusiera por delante. Valor, ligereza y conocimiento exacto de su profesión, que son las tres cualidades que Montes exige á los toreros; gran vista, excesivo pundonor y afición decidida, que ha acreditado siempre, aun á costa de su existencia, derrochando el inmenso caudal de facultades físicas que le dió Naturaleza; eso, y mucho más, ha tenido para conquistar un puesto en la tauromaquia que en su mocedad soñó.

Triste es decirlo, pero hay que confesarlo. Para Salvador ha llegado la época en que la fuerza no acompaña al espíritu, no le obedece; antes bien se le muestra rebelde, y si no le priva del valor ni del conocimiento, le dificulta los movimientos ágiles, le entorpece, y faltándole su uso indispensable, le arrebatá violentamente la ligereza, esa dote tan necesaria, tan indispensable para ejercitar el difícil y expuesto arte del torero. Hace un año, poco más, aquella enérgica virilidad no ofrecía, al menos en apa-

riencia, la menor señal de decaimiento; pero como nadie mejor que él mismo podía conocer que aquella le abandonaba, negóse resueltamente á contraer compromisos para torear en el gran número de plazas que como siempre se le ofrecieron, aceptando solamente las de Alicante, Santander, San Sebastián, y no sabemos si alguna otra por motivos particulares, y el contrato de la de Madrid en agradecimiento á las distinciones que en ésta ha merecido durante tantos años. Fué previsión oportuna.

El hombre se ha conocido, y se ha conocido á tiempo. Quiere dejar el toreo antes de que se lo hagan dejar por fuerza los toros ó el público, que es siempre ingrato é incapaz de compensar y tener en cuenta pasadas hazañas con actuales impotencias: quiere seguir las huellas de los maestros Pedro Romero, Francisco Montes, Cayetano Sanz y Manuel Domínguez, y no las de Lucas Blanco, Cúchares y el Gordito y hace bien. El público de Madrid, que es digno y no puede olvidar los muchos ratos de agradable solaz y febril entusiasmo que en él ha causado el gran matador de toros, acoge bien y acogería por más tiempo las deficiencias originadas por el enervamiento de facultades físicas que desgraciadamente afectan, más pronto de lo que podía creerse, al referido diestro; pero puede haber algún intolerante,—que por desgracia abundan más de lo que aconseja el buen sentido y la sana razón—que en lo sucesivo muestre desagrado si ve, ya el cuarteo al arrancarse á matar en quien nunca le ha visto, y á quien por lo mismo no se le consentiría, como á otros que á eso le tienen acostumbrado; ya el abandono del capote al verse perseguido, en vez de tirarse al suelo; ya la tardanza en acudir tan pronto á un quite como el caso requiera y como durante su vida ejecutó con aquella oportunidad é inteligencia que tan alto nombre le han dado; y en cualquiera de esos casos, conocido el carácter del diestro, impelerle á ejecutar sin reflexión lo que sus facultades no le permitan, originando una desgracia.

No quiere eso, no puede quererlo el pueblo de Madrid en su inmensa mayoría. El pueblo que ha aplaudido frenéticamente al matador Antonio Gil, cuando á los sesenta años de edad se presentó en el redondel haciendo alarde de su valor y de sus conocimientos; el pueblo que hace muy poco tiempo batió palmas al infortunado Bocanegra, cuyas facultades tan mermadas se mostraron, dió á entender bien claramente que podrá ener pasión ó predilección por determinados diestros, pero que gusta del valor y del arte y que jamás quiere aparecer grosero, y mucho menos mal intencionado.

Aparte del mérito que como matador tiene Frascuelo y que nadie ha puesto en duda con justicia, hoy mismo está prestando al arte un señalado servicio. En el número segundo de LA LIDIA de este año, dijimos sin ambages y rodeos, con la sencilla claridad que siempre usamos: «Hay además la esperanza de que este diestro (nos referíamos á

«Guerrita), ansioso de aplausos justos, al oírlos para otro, ha de querer conquistarlos en su provecho, »é imitando á Frascuelo en el supremo trance, se »arrancará corto y derecho, y esperando no lo hará »fuera de cacho, etc.» y bien claro se ha visto que razón teníamos para pensar como pensábamos.

Rafael Guerra, en quien hoy está encarnado el elemento joven taurino, olvidando el cuarteo, arráncase ya muchas veces á matar por derecho, é imita á Frascuelo, si no al herir, porque aun hiere «á golpe rápido», en cuanto lo permite el calor de su sangre juvenil. Eso es innegable, como lo es también que ese adelanto será debido á la afición, á la aplicación, al buen deseo del muchacho, pero más parte lleva en ello la noble emulación que le incita á seguir el ejemplo que Salvador le da y ha dado al estoquear toros. Día llegará, y de seguir así no ha de tardarse mucho, en que, afinando la puntería, mejorará el mozo el impulso de su brazo y pondrá en los mismos rubios esas estocadas FRASCUELINAS que la historia taurina admirará con este nombre. Así, al menos, lo desean los buenos aficionados.

Concedamos, pues, admiración y respeto al que se va, y cariño y palmas al que viene. ¡Ojalá la vida taurina de éste sea menos accidentada que la de aquél, y que dure tanto ó más, con tanta gloria y tan legítima fama como la adquirida por Frascuelo!

Bien lo há menester el arte taurino, que está pasando por una crisis más grave de lo que algunos creen.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

NUESTRO DIBUJO

PONCIANO DIAZ

DESDE hace algunos años, y precisamente á medida que se fué acentuando la afición del pueblo mexicano al arte del torero, empezó á circular por todos los confines del antiguo imperio de Guatimocin el nombre de un joven lidiador de reses bravas, popularizándose de día en día hasta el punto de considerarse en la actualidad como el más bravo y entendido representante de la tauromaquia en aquel lejano territorio.

Este torero no era ni es otro que Ponciano Diaz y Salinas, nacido en Atenco (Estado de México) el 19 de Noviembre de 1858 é hijo de D. Guadalupe, caporal de dicha hacienda, y de doña María de Jesús.

La circunstancia de producirse en Atenco ganado de lidia de alguna nombradía y contar con redondel adecuado para ella, sirvió á Ponciano de aliciente y acicate para lanzarse por el peligroso camino que recorre, haciendo sus primeros ensayos bajo la dirección de los hermanos Hernandez y formando luego como banderillero en la cuadrilla del célebre Bernardo Gavino, en la que sólo permaneció seis meses, al cabo de los cuales se presentó como matador ó jefe de cuadrilla el domingo de Pascua, 13 de Abril de 1879, en la plaza de Puebla.

Esta determinación, cuando aun no contaba veintidós años, le costó numerosos sinsabores, tanto por parte de sus compañeros de profesión, que le hicieron una ruda guerra,

